

ramente, atravesaba una hora trágica, o había caído en las garras de la Quimera, o había fumado mariguana. (En aquel tiempo mi amigo Uriarte era maestro; lo cual muy bien pudiera descifrar el enigma).

Recuerdo muy bien que se trataba en el artículo de Urialba, de aconsejar a *nuestros ricos*, invertir su dinero de ellos—de ellos únicamente—en no sé qué negocio que les reportaría una utilidad moderada; *moderada*, no más, pero que, *en cambio*, beneficiaría a la Nación (léase a los pobres) o al público, con no-sé cuáles ventajas indiscutibles. Nuestros ricos empezaron, los más, por no leer los consejos de Urialba, los menos, al leer aquello de ganancia *moderada*, se rieron con lástima o se enojaron con indignación; y todos, *en cambio*, subieron los intereses del dinero en un moderado tanto por ciento.

¿Se imagina el lector si mi amigo Urialba tenía entonces ¡oh inocencia! ni la sospecha del concepto de lo que es un rico?

Un rico es, y fué desde que la especie hizo su aparición en el planeta, un hombre que *piensa en su negocio*, y que *hace su negocio*. Desde el momento en que piensa y hace el negocio de otro en vez del propio, comienza a no ser rico, y en la medida en que su pensamiento y su acción se consagran al negocio ajeno, en esa medida se empobrece. Así que, aconsejarle al rico la moderación y que se ocupe en el negocio del pobre, es, exactamente, como decirle al gato que se ocupe en el negocio del ratón. No, diría el gato, porque el negocio del ratón es que yo no me lo coma, mientras que *mi negocio* es comérmelo; haga cada uno *su negocio*: él escondiéndose y evitándome, y yo persiguiéndole y devorándole.

Y ahora caigo, sólo en este momento se me ocurre, que lo que yo buscaba, entonces, la significación de aquella frase insólita de *nuestros ricos*, es absolutamente la misma de esta otra, dicha por los ratones, si los ratones fueran capaces de proferir tamaña insensatez: *¡nuestros gatos!* ¿Aquilatan ustedes la ironía profunda, la paradoja irresoluble, la mentira inmensa de esta frase, en boca de un ratón?... ¡Nuestros gatos!...

En cambio, qué verdadera, qué sencilla, clara y comprensiva si la dijera un gato, invirtiendo el término de la oración: *nuestros ratones*. Eso sí que resulta. Es tan claro y exacto y comprensivo como si el comerciante dijera mis clientes (clientes es la palabra con que se designa en el comercio al ratón); como si el gobernante dijera mis conciudadanos; como si el cura dijese mis feligreses. Mucho más real y claro que todo eso, pues aquella fra-

se es el resumen de todas las realidades. Yo, al menos, cuando quiero imaginarme el hoy y el ayer, la civilización y el derecho, la riqueza y la ley, la guerra y la paz, el progreso y la política; cuando quiero penetrar íntimamente en el alma de la vida social, en toda su brutal y dolorosa pero esencial verdad, pienso en un gato que,—desde un rincón de la estancia, donde puede ver sin ser visto,—y hallándose en ese momento entregado a las dulzuras de la digestión, se divierte viendo corretear en el extremo opuesto el tropel de ratones, inocentes de aquella terrible vigilancia.

¡Qué mueca de ironía, qué sonrisa tan colmada de escarnio se vería en el semblante grave y honorable del gato, si en aquel instante en que él deja tranquilos a *sus ratones*, una de estas criaturas ingenuas dijera: *nuestro gato debería*, etc., etc. ¡Nuestro gato!...

(El Día. San Salvador).

La noche de Walpurgis

(Leyendo a GOETHE).

Al través de los valles, entre rocas
[enormes,
entre corrientes limpias de espuma
[blanquecina,
Fausto, el protagonista del gran libro de
[Goethe,
guiado por Mefistófeles, asombrado camina.

Fausto admira la vida de la Naturaleza:
ve circular la savia de pinos y abedules,
mientras que el diablo mira el disco de la
[luna
que recorre en silencio las órbitas azules.

El fuego fatuo avanza delante,
[humildemente,
al diablo se somete sin replicarle nada,
y cual un perro dócil delante de su amo
camina a la montaña luciente y hechizada.

Las montañas de Harz en esta noche fría
son cual un cofre mágico guardador de un
[secreto,

retuércense en el suelo las raíces de los
[árboles,
y dan vueltas las rocas y los bosques
[inquietos.

La luz boreal alumbra los flancos del
[abismo,
la montaña aparece como un enorme tajo,
llueven chispas que dejan el suelo lleno de
[oro
y la muralla pétreas se incendia de alto
[abajos.

Y Fausto, estupefacto contempla todo
[aquello
sintiendo que es aquella muy diferente vida:
una nube hace oscura la noche en la
[montaña
y se oyen cantos mágicos y estruendos de
[caída.

Voces que se levantan y voces que
[descienden,
el cielo se oscurece, parece que se enoja,
y los brujos que vuelan van dejando un
[reguero
de chispas relucientes, calcinantes y rojas.

Fausto cree muy prudente la ascensión
[hasta el Brocken
durante aquella noche de Walpurgis, tan
[fría,
y el demonio lo lleva por entre muchas
[zarzas
donde se ven hogueras y alegre compañía.

Miran viejas y viejos huesudos y tristonos;
bailan con unas mozas robustas y lozañas,
y la hermosa que baila con Fausto le
[murmura:
«Desde el Paraíso al hombre le gustan las
[manzanas».

De pronto el diablo y Fausto se retiran,
[pues Fausto
ve lejos una niña de portes soberanos:
para Fausto es la amada reposando en sus
[brazos,
para el lector el libro de Goethe entre las
[manos.

MARCO TULIO SALAZAR.

Berlín, 16.-XI.-922.

Si desea usted calzado fino y elegante pase a la

Zapatería ROMERO

Situada 75 varas al Oeste de la Botica Francesa

Teléfono 302

Será atendido personalmente por su propietario